

Joaquín Estefanía, *ESTOS AÑOS BÁRBAROS*,
Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015,
(318 pp.), ISBN: 9788416252466.

José Antonio Mérida Donoso

Profesor asociado, Universidad de Zaragoza

En estos años de barbarie...el ruido. Reseña de *Estos años bárbaros* de Joaquín Estefanía *sui generis* con permiso de *Doña Bárbara*.

El título de la obra anuncia ya lo que encierra su interior, tal y como recoge las primeras líneas de la obra: "Más pobres, más desiguales, más precarios, menos protegidos, más desconfiados, menos demócratas. Éste es el devastador balance que queda después de años de Gran Recesión en buena parte del mundo, especialmente en el sur de Europa, el laboratorio favorito de los experimentos ensayados con sus ciudadanos".

Antes de comenzar el libro de Joaquín Estefanía *Estos años bárbaros* (2015), dos obras vinieron a mi cabeza por la evocación de su título. El primero es el film de Fernando Colomo estrenado en 1998, basado a su vez en la novela *Otros hombres* de Manuel Lamana y que según aparece al final del primer capítulo habría inspirado en parte el título de la obra. Se trata de *Los años bárbaros*, una obra sobre la fuga de la barbarie, en este caso focalizada en el Valle de los Caídos, del cual Manuel Lamana y Nicolás Sánchez-Albornoz intentan escapar. Dos jóvenes rebeldes, contrarios al Régimen, que sufren la represión franquista por alzar su voz –sus pintadas– contra el caudillo. El segundo se refiere a la obra de Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, en cuya evocación mágica de lo inefable e inaccesible se ensancha su horizonte artístico, otorgándole un color propio a su tejido realista, que incrementa las posibilidades de percepción en la lectura. El propio nombre de Doña Bárbara, evoca el mito de La Sabina, la misma que nos recordaba José Luis Borau en su film homónimo, la devoradora de hombres, la madre fatal, que no es tanto el personaje en sí como su alegoría: la implacable tierra donde se desenvuelven los personajes. Doña Bárbara, así como el inglés Danger –cuyo nombre propio también advierte sobre su condición simbólica– impone su propia ley, la ley de la violencia y la extorsión que inunda el llano, frente a la civilizadora y del progreso que supone la de Santos Luzardo.

La obra de Joaquín Estefanía supone en gran parte un grito contra la injusticia de la pobreza, la desigualdad y la precariedad. Según el autor, la crisis esgrimida por las políticas europeas de austeridad para vaciar estómagos mientras otros continúan empachándose, se sustenta en la dicotomía clásica entre norte y sur. Así, en el apéndice europeo se estarían realizando "experimentos austericidas" al margen

de la voluntad ciudadana, para configurar un nuevo modelo social que viene para quedarse. El coctel del liberalismo económico con el capitalismo habría generado el néctar adecuado para reverberar las grietas del Estado, con una sociedad con mayor dicotomía económica y por ende, menos democrática, con una recesión comparable en términos de pérdida de bienestar con las dos guerras mundiales, la Gran Depresión o la posguerra española. Y este es, a mi juicio, el mayor acierto de la obra, presentar el deterioro de la calidad de la democracia, algo que no siempre aparece en los estudios económicos y que en esencia es fundamental para todo economista mínimamente crítico. De esta forma, atendiendo a los Informes sobre la Democracia en España, de la Fundación Alternativas se evidencia como la percepción ciudadana tiende a considerar que los poderes económicos (no representativos) doblega a su voluntad a los poderes políticos (representativos), imponiéndose a ellos. Esto, a su vez, genera las consecuentes dudas sobre la existencia de una verdadera democracia en su sistema atenazado por el capitalismo financiero. En efecto, ya no se trata de un capitalismo comercial o industrial, sino que ahora, esa baraja tan marcada que supone el capital, está en manos de las grandes corporaciones, mientras que la democracia parece conformarse con jugar lo que le queda en la mano, una mala combinación de cartas sin un solo naipe. Una democracia descafeinada, incapaz de hacer nada ante el juego de abusos y regulaciones que impone el único sistema socioeconómico realmente existente, regida por unos políticos acostumbrados a "las célebres puertas giratorias".

Esta es la esencia de años barbaros, el paso de una austeridad progresista en aras de una horizontalidad y una mayor justicia social, frente al discurso del "todo vale" por y para el capital, mientras se incrementan las diferencias entre abajo y arriba y el barco de la democracia en aguas del capitalismo parece incrementar su inestabilidad. Mientras el barco va perdiendo fuerza, el mar del capitalismo... siempre es inmenso y en momentos de tormenta, si el barco no realiza las reparaciones necesarias, su fuerza bárbara mueve hasta los cimientos. "La austeridad expansiva" esgrimida como bandera por la política supone en esencia "el triunfo de las ideas equivocadas" como la de la llamada "austeridad expansiva" aplicada a España, Grecia o Portugal. Tal y como demuestra Joaquín Estefanía la suma de recortar el gasto con la de una moderación salarial no da como resultado una mejora en el país, más bien todo lo contrario. Estos sumandos se imponen como premisas para generar países con una sociedad más precaria y mayor injusticia social. Así, se llega a normalizar lo anormal, esto es, el horror que como en el caso de España, supone la aceptación de que un 30% de la población esté condenada a vivir en la pobreza. Ante este marco de pérdida de calidad de vida extrapolable a la mayor parte de países del mundo, parece difícil mantener la fe en una democracia que parece como legitimar este cambio de *modus operandi*. Un panorama ciertamente desolador en cuyo fondo, como en el del ánfora de Pandora, radique una esperanza basada en la concienciación crítica de una ciudadanía ante el enorme sufrimiento que ha causado y que rehúya de la ausencia de movilidad social pretendida y abogue y exija mantener –ahora ya recuperar– "las políticas sociales conseguidas después de años de luchas sindicales y ciudadanas".

Al terminar el libro, su realidad me evocó nuevamente a Doña Bárbara, al equilibrio mantenido a lo largo de la novela entre la descripción realista del exterior y lo psicológico que se mueve en el interior de la obra, el pulso entre lo que se dice y lo que se calla. En "Estos años bárbaros" se intenta dar voz a los silencios sociales -aquellas cuestiones que se han preferido omitir. Y bien, ¿qué es lo que se mueve en esa España/Europa silenciada con "pan y cebolla"? ¿Qué se cocina en las mentes de los jóvenes sin trabajo o con salarios precarios, en la de las familias desahuciadas, la de los que habitan en los campos de concentración, digo... de refugiados? Como se sabe, "bárbaro" era un exónimo peyorativo procedente del griego (βάρβαρος) y su traducción literal era "el que balbucea". Los antiguos griegos –y posteriormente los romanos– empleaban el término para referirse a personas extranjeras, que no hablaban ni griego ni latín. Eran los extranjeros, todos aquellos cuya lengua sonaba, a oídos de los "bien hablantes, únicos y verdaderos ciudadanos" a una onomatopeya (bar-bar- similar a bla-bla), un balbuceo incomprensible. Se les deslegitimaba así de la palabra para transformarla en sonidos, aproximaciones, gorjeos y llantos.

Quizá sea este el discurso referido, el impuesto desde el capitalismo, con beneficios para los pocos que tienen el poder y, por ende, pueden imponer sus normas y su lenguaje, mientras que el resto, estén abocados a no ser oídos y que sus protestas y gritos sean traducidos en meros balbuceos. Puestos a extrapolar, así como el orador griego Isócrates mantuvo cierta apertura en concebir a los bárbaros ya no como "extranjeros", sino como individuos que carecían de educación independientemente de su lugar de nacimiento, los desfavorecidos serían todos aquellos que protestarían por carecer de educación del capital. Todo un sistema enraizado con una barbarie propia y no ajena. Embriagados como estamos de posverdad política, cuando la corrupción se enmarca en apelaciones de emociones desconectadas de la realidad, ignorando toda réplicas fáctica -los hechos- quizá sería más adecuado decir que quienes parecen balbucear -y mucho- son ciertos políticos.

Joaquín Estefanía muestra cierta valentía a la hora de buscar responsabilidades: "la mayor tragedia", comenta el analista "no es que haya dañado la macroeconomía (ni se ha crecido más ni se ha reducido la deuda), sino el enorme sufrimiento que ha causado algo de lo que deben hablar los economistas y los políticos que son deudores intelectuales de los mismos, no sólo los teólogos o los moralistas". A pesar de ello, lo cierto es que en el discurso del poder político la verdad se vincula a la palabra -sus palabras- y no a los hechos, mientras se silencian los de los "hambrientos". Sin embargo, aunque desposeídos de palabras, reducidos a gestos y sonidos, "el balbuceo de los bárbaros", como ocurre con los niños, no deja de ser un ruido molesto que se antepone a la posverdad vendida por los pretendidos garantes de la ciudadanía, pero más cercanos al del capital. Y ya se sabe que el efecto del ruido -bendito ruido- es acumulativo, irreversible y su daño se va incrementando con el paso del tiempo.